

II

Fué sin disputa México en los tiempos del coloniaje, el país americano que más sobresalió por la disposición de sus hijos al cultivo de las letras y en especial de la poesía. Bastan á confirmar este juicio los nombres de Juan Ruíz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, talentos ambos de que se enorgullece México, por el doble motivo de haber nacido en su suelo y ser los primeros grandes representantes de la gaya ciencia que exhibió el Nuevo Mundo ante las miradas de España, que, decadente ya en las armas, florecía sin embargo en las letras, muy más que Italia, que Francia y aún que Inglaterra.

Sufrió Alarcón en vida los sarcasmos de

algunos ingenios matritenses por el delito de nacer jorobado, como lo atestigua esta desapiadada quintilla que se atribuye á Lope de Vega :

Tanto de corcoba atrás
como por delante tienes,
y el saber está de más,
de adonde te *corco-vienes*
ó adonde te *corco-vas*.

Pero, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*, obras conocidísimas del dramaturgo mexicano y que son un monumento de la literatura antigua española, prueban que el encorvamiento de las vértebras dorsales en Alarcón, no disminuía un ápice su estatura al lado del *Monstruo de la Naturaleza* (1). ¿Quién no reconoce en Alarcón un filósofo mucho más profundo que Lope? Desposeído de la maravillosa fecundidad de éste, lució, en cambio, otros méritos que le asignan igual aprecio ante la posteridad.

No dieron las colonias americanas un inge-

(1) Así se llamaba también á Lope de Vega, más conocido por el *Fénix de los ingenios*.

nio mayor en el siglo décimo séptimo. Y es de advertir que, por entonces, allá en Europa se tenía á los criollos en un concepto bien triste. Creíase que la cepa española había perdido en estos climas mucho de su valor primitivo, dando frutos intelectuales casi mezquinos. Según ese criterio, no había en estas tierras sino abundancia de pámpanos. ¿Ni qué vinillo intelectual procurarían á España, sarmientos que desde allá venían enfermos? Fué menester que hombre tan erudito como el benedictino Feijoo, combatiera esa creencia, citando gran número de criollos ilustrados é inteligentes que las apostaban en su tiempo, con cualesquiera de la península.

Gracias, pues, á los que como Alarcón en aquellos períodos de la vida colonial, salvaron á los americanos de parecer poco menos que idiotas !

Sor Juana Inés de la Cruz es un tipo femenino de los más extraordinarios que se conocen. Nacida en 1651, á pocas leguas de México, y desarrollada entre gentes que por fuerza de la pobrísima educación de su

época no podían brindarla conocimientos mayores, sorprende en verdad, cómo llegó á ilustrarse tanto y á producir trabajos que le dieron alto renombre hasta en la corte de España. Sus famosas redondillas en defensa de las mujeres, redondillas que no tienen rival en castellano por la agudeza del concepto y donosura de la palabra, vivirán, no hay duda, cuanto viva el idioma en que están escritas.

Hombres necios que acusáis
á la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar en la que buscáis,
para pretendida, *Thais*,
y en la posesión, *Lucrecia*.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que falto de consejo
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os tratan bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel
á una culpáis por cruel
y á otra por fácil culpáis.

Pues, ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejaos en hora buena.

.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada :
la que cae de rogada
ó el que ruega de caído ?

Ó cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
¿ la que peca por la paga,
ó el que paga por pecar ?

Pues, ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis ?
Queredlas cual las hacéis,
ó hacedlas cual las buscáis.

Crece en importancia el asunto de esta composición, desde que lo trata una mujer, y con qué argumentos !

Graves doctores en la antigüedad se han ocupado *ex-cátedra*, en desacreditar al bello sexo como si sólo residiera en éste la maldad que es común á las dos mal avenidas partes del género humano. San Bernardo, que, entre otros, llegó hasta llamar á la mujer *órgano del diablo*, necesitaba una doctora que se le opusiese con armas tan victoriosas como las de Sor Juana, para probarle lo injusto, lo temerario de su afirmación. No sé qué respondería el buen monje á esta pregunta for-

mulada por nuestra heroína en un lenguaje, casi diré, eclesiástico :

Ó cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
¿ el que peca por la paga
ó el que paga por pecar ?

Como yo creo y seguiré creyendo toda la vida, que las mujeres nos aventajan en eso que hemos convenido llamar *sentimientos buenos*, confesaré que la argumentación de Sor Juana me ha entusiasmado sobremedera. Harto estoy de las maldiciones con que los hombres abrumen en prosa y verso, á las infelices mujeres, después de tanto engañarlas y envilecerlas. Un poeta misógino, siempre me será repulsivo por esta causa, y entiendo que los que se expresan mal de las mujeres, llamando á todas ingratas, son unos pobres diablos que han llevado seguramente, con ellas, su merecido.

Sor Juana Inés escribía :

Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación á las letras, que ni ajenas reprensiones que he tenido mu-

chas, ni propias reflejas que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios pone en mí... Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él creció y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía á prisa y yo aprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón estuviese adornada de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias que eran más apetecible adorno.

Convéngase después de esta lectura, en que existe para buscar el perfeccionamiento de la mujer, aún descendiendo al caso triste de la penitencia, algo muy superior á la maceración de sus carnes. Oh! si siempre el atormentarse el bello sexo, en la vanidad que le es propia, tuviera los resultados que la ilustre mexicana se proponía!... Cuántas niñas mejor educadas, en ese caso, cuántas cabecitas huecas de menos!

Sor Juana viviendo en nuestros días albo-

rotados, en que el problema social sustituye al religioso, sería, á no dudarlo, un espíritu batallador é incansable en práctico beneficio de sus semejantes: porque la caridad evangélica de que dió pruebas mil en su tiempo, no podía traducirse hoy, en alma tan grande, por el vulgar encierro á que acuden todavía algunas mujeres en su miopismo, su decepción, ó absoluta falta de apoyo en la sociedad.

No acredita tampoco el ser monja, una vocación espontánea en criatura tan bella é inteligente. Los naturales peligros á que se vió expuesta, no siendo rica, y su afición al estudio de las cosas humanas, suficiente para despertar contra ella persecuciones fanáticas, explican, hasta cierto punto, su retiro en un claustro después de haber figurado en la corte virreinal como poetisa.

Que se ocupó, muy á su gusto, de temas extraños á la devoción, pruébanlo infinitas composiciones en que el espíritu de Sor Juana aparece, á despecho de las tocas monjiles, no poco interesado en asuntillos de orden profano. Vaya sinó, de muestra

un soneto que debían retener en la memoria las mujeres de todos los tiempos :

Fabio, en el ser de todos adoradas,
son todas las mujeres ambiciosas,
porque tienen las aras por ociosas
si no las ven de víctimas colmadas.

Y así, si de uno sólo son amadas,
viven de la fortuna querellosas,
porque piensan que más que ser hermosas
constituye deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
que en viendo á muchos, mi atención zozobra,
y sólo quiero ser correspondida

De aquel que de mi amor réditos cobra ;
porque es la sal del gusto el ser querida,
que daña lo que falta y lo que sobra.

Se quiere algo más delicado en poesía
y de mayor gracia en la forma?

Pensadora muy eminente fué la que escribió este soneto.

Ingenios bastantes aparecieron en México durante la dominación española, pero no se recuerda ninguno que llegase á la altura de los anteriores. Fernández de Lizardi, en el siglo XVIII y comienzos del actual, es-

cribió algunos versos que no le dan título de verdadero poeta. Es, sin embargo, un escritor interesantísimo.

El mexicano Gorostiza, que, como Alarcón, obtuvo en Madrid un éxito merecido por sus comedias, al lado de Bretón de los Herreros, es otro de los que han aportado legítima gloria á la patria que abandonó tan temprano.

Este poeta dramático, al igual de Ventura de la Vega, el argentino, vació los tesoros de su imaginación en un molde puramente español; pero, viviendo en medio de una sociedad no muy desemejante á la suya por las costumbres y por el idioma, se comprende que sea á la vez el hijo de dos naciones, sin el violento sentido que quiera darse á esta frase.

De innumerables poetas guarda memoria México en la iniciación de su independencia; pero no era aquel un período favorable al desarrollo y perfeccionamiento del arte, ni genio alguno tampoco descolló que digno fuese de traducir en verso las hazañas de un *Morelos* en el sitio de *Cuautla*. Fué

la guerra de la independencia en México, sin duda, más á propósito para los valientes caudillos que para los poetas. No tengo noticia de composición escrita en esos tiempos que valga lo que el *Canto á Junin* de Olmedo, y la abundante colección de poesías de aquellos años resulta incolora, pobre de ideas, generalmente, y viciosa de romanticismo, como casi todas las producciones literarias americanas de comienzos del siglo actual. Notable es, sin embargo, Manuel Carpio, el veracruzano, que nacido en 1791, ha dejado versos que no pueden confundirse entre la hilaza de su época. *La Cena de Baltasar*, trabajo hermosísimo que revela en Carpio facultades descriptivas nada comunes, basta para recomendarlo al aprecio de nuestros contemporáneos más exigentes.

He aquí parte de esa composición en apoyo de lo que digo:

Era la noche, y la redonda luna
desde la inmensa bóveda del cielo
alumbraba los sauces del Eufrates
y á la gran Babilonia en sus festines,

fortalezas, alcázares, jardines
y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
está sobre las armas impaciente
por tomar la ciudad: la infantería
se conmueve y agita sordamente
cual negra tempestad que allá á lo lejos
brama y rebrama en la montaña umbria
Ya se aprestan de Persia los ginetes;
sus fuertes armaduras centellean,
y encima de los cóncavos almetes
altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crugir de los broqueles,
de la trompeta el bélico sonido
y el bufar de los férvidos corceles
y la grito de jóvenes bizarros,
y del sonante látigo el chasquido,
y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
humedecen sus pechos espaciosos;
al ruido de las armas se recrean,
y el duro suelo escarban y golpean
y están inquietos por salvar los fosos.

.....

Mientras que Ciro con ardor se apresta
á dar por fin el formidable asalto,
la ciudad cual ramera deshonestas
entrégase al placer sin sobresalto
y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la esposa,

el libertino y el anciano triste,
el agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
resuena la algazara de las gentes
que por las calles van como dementes
entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
se agita alegre con festín ruidoso :
el rey, y sus mujeres y magnates,
todos ocupan un salón fastoso
que tiene vista al caudaloso Eufrates.

El soberbio salón es un portento :
Las paredes de estuco están doradas
y forman el grandioso pavimento
variadas losas de lucientes jaspes
cubiertos con asiáticas alfombras
de los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
sostienen la magnífica techumbre ;
lámparas de oro de labores bellas
todo lo animan con su viva lumbre.
Ocupan las estatuas de los dioses
hermosos y brillantes pedestales,
y arden en frente en braserillos ricos,
exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
que perfuma la sala reluciente,
se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
con regia pompa y con augusta calma,
como entre humildes y modestas flores
descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices

tejidos por doncellas babilonias ;
tapices de las grandes ceremonias
en tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes, insensata,
hace alarde de pérsicos brocados,
túnicas blancas de sonante seda
y magníficos mantos de escarlata.
En los cándidos pies llevan calzados
con blancas perlas y luciente plata,
y ciñen sus cabellos perfumados
ínfulas que les bajan por los lados.
Á la derecha están las concubinas
y mujeres del rey, blancas y bellas,
con túnicas de seda, recamadas
de flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
más brillantez les dan y más decoro ;
airosas llevan transparentes velos,
ricos joyeles y sandalias de oro,
y por más cautivar á los donceles,
sin atender al femenino recato,
en las cáligas llevan como ornato
diamantes y ruidosos cascabeles...

.....

He cedido á la tentación de copiar estos
versos porque no son tan conocidos como
merecen. Podían confundirse, á pesar de su
relativa antigüedad, con las estudiadas com-

posiciones á que da vida el arte francés moderno. ¡Qué descripción tan acabada la de esa corte! ¡Qué contraste, qué oposición tan bella, entre el ejército Persa al acecho de Babilonia, y los familiares de Baltasar en su postrera noche de orgía! El autor, poseído del asunto como un artista de genio, ha pintado un cuadro colosal, uno de aquellos frescos que inmortalizaron á *Buonarrotti*.

El padre Navarrete, los dos Lacunza, Rodríguez Galván, Quintana Roo, Fernando Calderón, José Joaquín Pesado y algunos otros vates posteriores á Carpio, son recomendables también por la dulzura de sus cantos; pero, ya está dicho: no eran ellos los que elevarían el pavés mexicano á la más empinada cumbre, por ser hijos de la transición y carecer su voz de la fuerza y novedad con que otros poetas de la misma tierra se han hecho después oír de sus hermanos de América, al través de los bosques y de los mares.

III

Comienza con Guillermo Prieto, personalidad muy ilustre, una era de positivo adelanto para la poesía de México. Este cantor popular no será suficientemente apreciado, si antes que como poeta no se le estudia como hombre. Preciso es determinarle un puesto particular, particularísimo, entre todos los bardos de su época, por la influencia que las luchas políticas y religiosas han tenido en el desarrollo de sus facultades intelectuales, y por su manera de ser como ciudadano, incorruptible, vehementemente, encariñado con las patrias costumbres y tradiciones gloriosas de su país.

Guillermo Prieto ha sido en cierto tiempo á Juárez, el gran Reformador de Méxi-